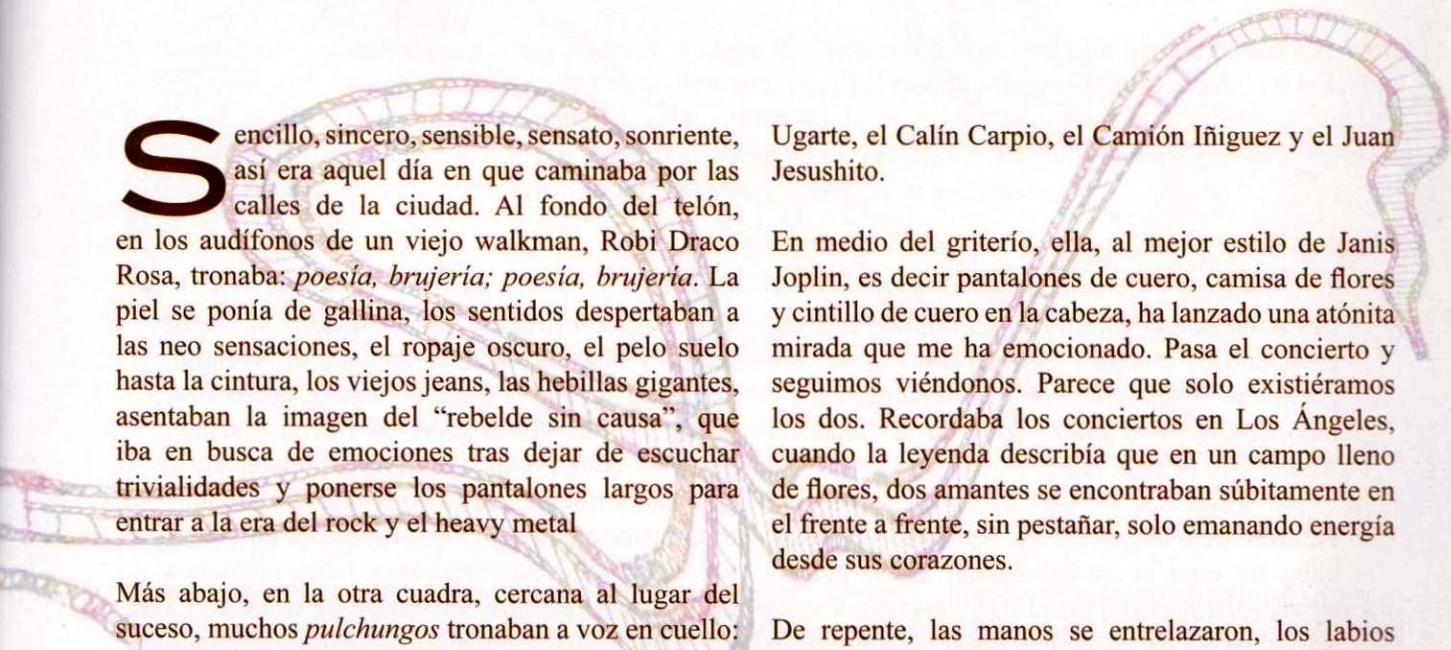




SENCILLO

PATRICIO MATUTE GARCÍA



Sencillo, sincero, sensible, sensato, sonriente, así era aquel día en que caminaba por las calles de la ciudad. Al fondo del telón, en los audífonos de un viejo walkman, Robi Draco Rosa, tronaba: *poesía, brujería; poesía, brujería*. La piel se ponía de gallina, los sentidos despertaban a las neo sensaciones, el ropaje oscuro, el pelo suelo hasta la cintura, los viejos jeans, las hebillas gigantes, asentaban la imagen del “rebelde sin causa”, que iba en busca de emociones tras dejar de escuchar trivialidades y ponerse los pantalones largos para entrar a la era del rock y el heavy metal

Más abajo, en la otra cuadra, cercana al lugar del suceso, muchos *pulchungos* tronaban a voz en cuello: libertad. La reunión era inmensa. Había como 200 amenazando entrar al recordado Teatro Cuenca. Todavía se podían escuchar los últimos estruendos en la 9.49: No te olvides hoy desde las seis de la tarde: *La canción es la misma*.

La *canción es la misma* era el promo de la película en el que los protagonistas fueron los legendarios Led Zeppelin, un grupo singular, en el que Robert Plant, junto a Jimmy Page, desplantaban a la muerte en una suerte de moderna Divina Comedia llevada a la pantalla gigante.

¡Qué fue hermano!, ¡qué fue loco!, ¡que tal!, ¡hola!, ¡hola!, ¡todo bien!, ¡qué más!, ¿vive o no vive la Tierra? Listo para el concierto, entramos con los panas a la sala de cine. En la parte de abajo los añiados con sus parejas, esperaban tranquilos, como niños de Primera Comunión. Arriba, en la platea, todo el zoológico de alternativos, revolucionarios, ovejas negras y demás bichos que conformaban la sub cultura de los años ochenta de la ciudad Atenas del Ecuador. Ya se pueden imaginar a dónde fui a parar.

De repente comienza la película y los estridentes, pero riquísimos acordes de una vieja *fender* deslizan por la memoria colectiva: somos libres. La bataca suena como si los dioses la interpretaran, y el culmen del asunto es *Escaleras al Cielo*. Todo el público vibra. Los colores de la película han cambiado de rojo, a verde neón y amarillo para recordarnos la naciente época de psicodelia, el amor y paz, y el no a la guerra, el Che Guevara, Marx, Mnemosina, Blaze, los Super Star Band, Acero Negro, el cojo Escudero, el Yayo

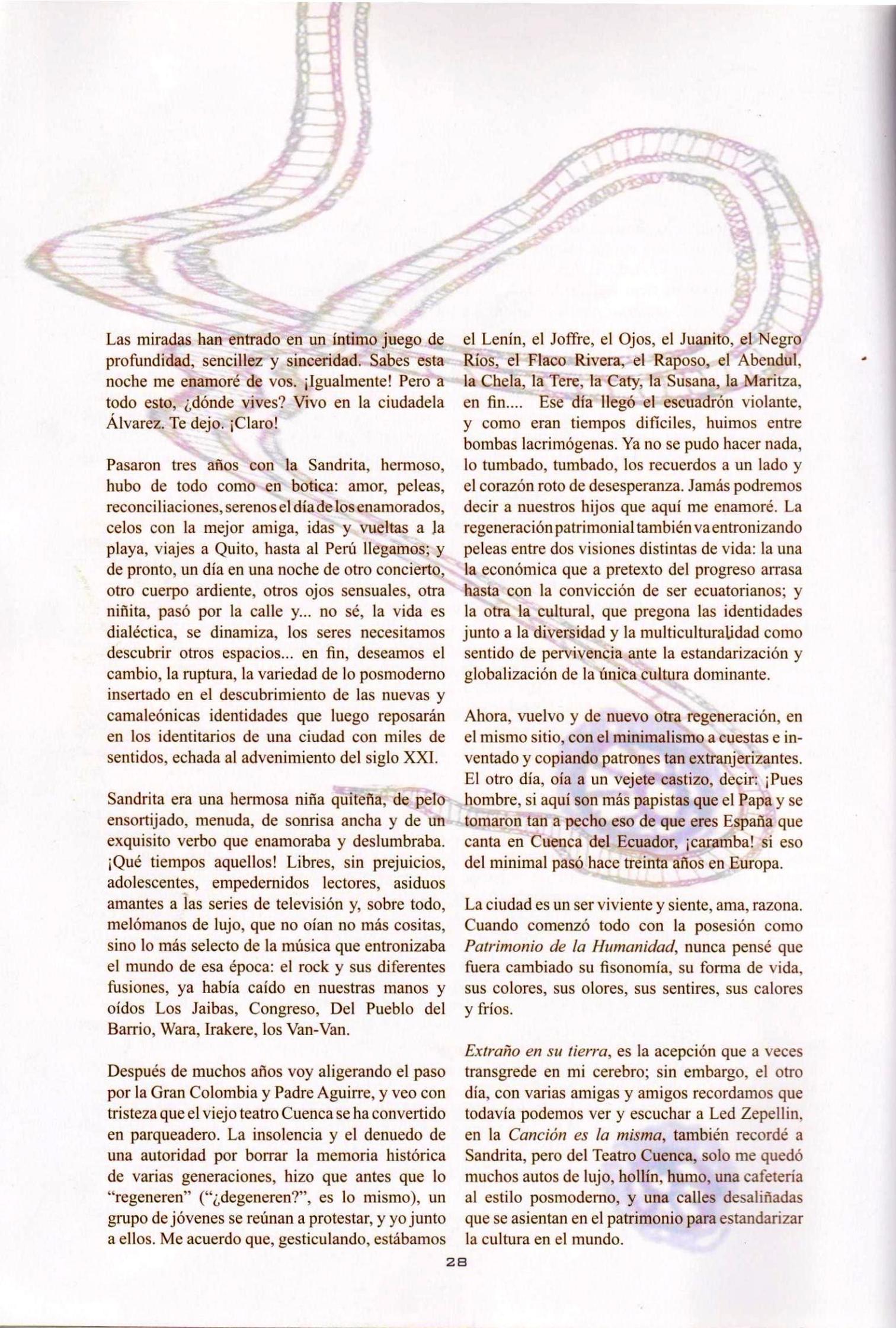
Ugarte, el Calín Carpio, el Camión Iñiguez y el Juan Jesushito.

En medio del griterío, ella, al mejor estilo de Janis Joplin, es decir pantalones de cuero, camisa de flores y cintillo de cuero en la cabeza, ha lanzado una atónita mirada que me ha emocionado. Pasa el concierto y seguimos viéndonos. Parece que solo existiéramos los dos. Recordaba los conciertos en Los Ángeles, cuando la leyenda describía que en un campo lleno de flores, dos amantes se encontraban súbitamente en el frente a frente, sin pestañar, solo emanando energía desde sus corazones.

De repente, las manos se entrelazaron, los labios se buscaron... y comenzó la aventura del amor. Precipitados como niños-adolescentes y locos por descubrir nuestros cuerpos, *salimos en quema* del teatro. Afuera la luna hacía de la mejor escenografía para sellar el pacto del enamoramiento. Despacio, mano a mano, caminamos rumbo a no se dónde por las calles adoquinadas de la *coqueta de los Andes*.

Fíjate, en Santo Domingo es hermoso el sonido de las palomas que dan de comer a sus críos. De repente, la banca de madera envejecida fue el escenario para reír a carcajadas, para robar furtivos besos, para enternecerse en abrazos. ¡Qué dicha! Y a todo esto tu nombre es... Pachi, sí; y el tuyo es... Sandra, claro. Yo sé que estudias en el quinto del Garaicoa, que practicas voleibol, y que además frecuentas Los Violines en las matinés de los sábados; brujo. Pero yo sé de vos, que te gusta jugar básquet, montar en chiva y salir con tus amigos al Cajas; así mismo es. ¡Qué chévere y dime algo... ¿lees? ¡Claro! Este momento estoy en el capítulo final de *El Coronel no tiene quién le escriba*, ¿y vos? Yo no leo mucho, prefiero Quién Sabe, Sabe y alguna que otra serie de tele como Fama. ¡Ah!, a mí también me encanta Fama, los chicos que bailan, tocan instrumentos y se enamoran, es plena esa serie.

Pero te invito algo, ¿a dónde quieres ir?, al Pío-Pío o al Honey. Me gusta el Honey, es más íntimo. Esa noche con las viejas lámparas de color amarillo como fondo, bajamos a contravía por la calle Lamar, llegamos al sector de la 9 y penetramos... en la cafetería. Por favor dos milk shake de ron pasas y dos mixtos. Besos van, besos vienen, olores se trasportan y se detienen.



Las miradas han entrado en un íntimo juego de profundidad, sencillez y sinceridad. Sabes esta noche me enamoré de vos. ¡Igualmente! Pero a todo esto, ¿dónde vives? Vivo en la ciudadela Álvarez. Te dejo. ¡Claro!

Pasaron tres años con la Sandrita, hermoso, hubo de todo como en botica: amor, peleas, reconciliaciones, serenos el día de los enamorados, celos con la mejor amiga, idas y vueltas a la playa, viajes a Quito, hasta al Perú llegamos; y de pronto, un día en una noche de otro concierto, otro cuerpo ardiente, otros ojos sensuales, otra niña, pasó por la calle y... no sé, la vida es dialéctica, se dinamiza, los seres necesitamos descubrir otros espacios... en fin, deseamos el cambio, la ruptura, la variedad de lo posmoderno insertado en el descubrimiento de las nuevas y camaleónicas identidades que luego reposarán en los identitarios de una ciudad con miles de sentidos, echada al advenimiento del siglo XXI.

Sandrita era una hermosa niña quiteña, de pelo ensortijado, menuda, de sonrisa ancha y de un exquisito verbo que enamoraba y deslumbraba. ¡Qué tiempos aquellos! Libres, sin prejuicios, adolescentes, empedernidos lectores, asiduos amantes a las series de televisión y, sobre todo, melómanos de lujo, que no oían no más cositas, sino lo más selecto de la música que entronizaba el mundo de esa época: el rock y sus diferentes fusiones, ya había caído en nuestras manos y oídos Los Jaibas, Congreso, Del Pueblo del Barrio, Wara, Irakere, los Van-Van.

Después de muchos años voy aligerando el paso por la Gran Colombia y Padre Aguirre, y veo con tristeza que el viejo teatro Cuenca se ha convertido en parqueadero. La insolencia y el denuedo de una autoridad por borrar la memoria histórica de varias generaciones, hizo que antes que lo "regeneren" ("¿degeneren?", es lo mismo), un grupo de jóvenes se reúnan a protestar, y yo junto a ellos. Me acuerdo que, gesticulando, estábamos

el Lenin, el Joffre, el Ojos, el Juanito, el Negro Ríos, el Flaco Rivera, el Raposo, el Abendul, la Chela, la Tere, la Caty, la Susana, la Maritza, en fin.... Ese día llegó el escuadrón violante, y como eran tiempos difíciles, huimos entre bombas lacrimógenas. Ya no se pudo hacer nada, lo tumbado, tumbado, los recuerdos a un lado y el corazón roto de desesperanza. Jamás podremos decir a nuestros hijos que aquí me enamoré. La regeneración patrimonial también va entronizando peleas entre dos visiones distintas de vida: la una la económica que a pretexto del progreso arrasa hasta con la convicción de ser ecuatorianos; y la otra la cultural, que pregona las identidades junto a la diversidad y la multiculturalidad como sentido de pervivencia ante la estandarización y globalización de la única cultura dominante.

Ahora, vuelvo y de nuevo otra regeneración, en el mismo sitio, con el minimalismo a cuestras e inventado y copiando patrones tan extranjerizantes. El otro día, oía a un vejete castizo, decir: ¡Pues hombre, si aquí son más papistas que el Papa y se tomaron tan a pecho eso de que eres España que canta en Cuenca del Ecuador, ¡caramba! si eso del minimal pasó hace treinta años en Europa.

La ciudad es un ser viviente y siente, ama, razona. Cuando comenzó todo con la posesión como *Patrimonio de la Humanidad*, nunca pensé que fuera cambiado su fisonomía, su forma de vida, sus colores, sus olores, sus sentires, sus calores y fríos.

Extraño en su tierra, es la acepción que a veces transgrede en mi cerebro; sin embargo, el otro día, con varias amigas y amigos recordamos que todavía podemos ver y escuchar a Led Zepellin, en la *Canción es la misma*, también recordé a Sandrita, pero del Teatro Cuenca, solo me quedó muchos autos de lujo, hollín, humo, una cafetería al estilo posmoderno, y una calles desaliñadas que se asientan en el patrimonio para estandarizar la cultura en el mundo.

Claro que te amo, pero me voy. En Quito le ofrecieron un nuevo trabajo a mi padre, te escribo, recuerda siempre que el recuerdo no se borra de tu memoria por más que pasen mil años, y por más que des vueltas por el mundo: andes por donde andes, ándate por los Andes.

Y nuevamente la radio entroniza el sonido: Y si algún de Cuenca te vas dejando un querer, piensa que tarde o temprano, allá mismo has de volver. Poesía, brujería, poesía, brujería. Atención, última hora: en la ciudad ha caído un virus sin precedentes, ataca a jóvenes, niños, adultos y, sobre todo, a los adolescentes. ¡Cuidado! Es la desmemoria colectiva lo que nos ataca. Actualmente, los sencillos científicos de Gestión Cultural, están buscando un antídoto para que no cambie el territorio, el paisaje y la sociedad...

